

El origen del mundo* **Jelto Drenth**

Susana Bercovich
 Escuela Lacaniana de Psicoanálisis

Para comenzar, lo menos que podemos decir es que *El origen del mundo*, de Jelto Drenth, es un libro osado y atractivo. Su autor lo plantea desde la primera página: le solicitan escribir un libro sobre los órganos sexuales femeninos. Tratándose él, de un hombre, la tarea le parece desopilante, más aún cuando la mujer no es su especialidad. Sin embargo, como decimos, el autor no se escabulle, y por el contrario, toma su labor muy en serio. El resultado es el libro que presentamos hoy.

En primer lugar, se trata de un trabajo sumamente documentado. Las frondosas referencias —actuales, antiguas, míticas, médicas— le dan a la escritura una vivacidad peculiar. Leer *El origen del mundo* es un impulso a querer saber más y más.

El autor aborda el sexo femenino desde perspectivas que van de la gama del humor y la ironía hasta un riguroso saber médico-anatómico. La mujer será enfocada desde el arte, la literatura, la sociología, la crónica testimonial, la ciencia pura y dura, la poesía. Hay un gran trabajo de lectura, de recopilación de testimonios, una diversidad de autores y una fuente inagotable de referencias. Se trata, aun en su humor, de un trabajo descriptivo ampliamente documentado.

Cuando me entregaron el libro quedé impactada por el título y foto de cobertura. El cuadro de Courbet me apareció como un foco incandescente. El libro lleva el título del cuadro, y el cuadro era un escándalo en la época. Sólo después de un siglo de haberse pintado encuentra su lugar en el museo de Orsay, en París. Mi sorpresa al ver el forro del libro se debe a que el cuadro que presenta, *El origen del mundo* era el cuadro que tenía el psicoanalista francés Jacques Lacan en su consultorio en París, en la rue de l'Île. Lacan, como Courbet, demasiado moderno para ser escuchado en su época, había colocado el cuadro cubierto con un velo. La imagen impone y la pura vagina, es por Lacan velada. Jelto Drenth recorre tantito el velo. Sin pretensiones, su

* Jelto Drenth (2008), *El origen del mundo. Ciencia y ficción de la vagina*, Buenos Aires, Libros de la Araucana.

pluma es animada por una intención, tal vez oculta para el propio autor, de develar el secreto de la mujer.

El estilo está lejos de la erudición y el tedio. El tono fresco, llevadero y espontáneo contrasta con la cantidad de información que maneja.

La pretensión de quitar el velo del enigma femenino me recuerda enseguida las palabras de David Halperin, foucaultiano, teórico queer, militante gay, helenista, estudioso de Grecia antigua: "La mujer, como el enigma, el misterio, el continente negro, es un invento, es un fantasma masculino, es una invención retórica, un recurso del lenguaje del hombre".

Los hombres hablan, escriben, pintan a las mujeres: nos suben al balcón, nos queman en la hoguera, nos llenan de misterio, nos enaltecen hasta el cielo, nos encierran, nos medican y nos diagnostican.

Debo decir que cuando me invitaron a presentar *El origen del mundo* pensé que se trataría otra vez de la misma cancioncita: el hombre hablando de la mujer. Sin embargo, también debo decir que en este caso me sorprendió la humildad del autor. El lugar desde donde escribe nunca es desde el del hombre que lo sabe todo, sino que cuidadosamente indaga acá y allá, recorre una diversidad de campos discursivos, va a los secretos de los mitos y de la historia, de la anatomía y la sexología.

En su recorrido no encontraremos ni el asomo de la pretensión de detentar, él, un saber sobre la mujer. Hay más bien un tono de inquietud y respeto hacia lo femenino y su enigma. No hay lo que encontramos comúnmente: la voluntad inmediata de rellenar el enigma con respuestas. Más bien hay en *El origen del mundo* también un recuento histórico sobre cómo se ha pretendido obtener, coser y suturar el ser de la feminidad a lo largo de la literatura y de la sapiencia masculina.

¿Escapa el autor a la tentación de lanzar respuestas rápidas sobre el misterio? A veces sí y a veces no. En todo caso, es desde la humildad masculina que el autor se sitúa para abordar a La Mujer. La posición que toma es benévola, pues es justo esa humildad lejos de la erudición, lo que hace de su escritura un trazo a la vez fino y sensible.

Existe un poder realizador de la palabra, las nomenclaturas no son sin consecuencias. En el modo de nombrar las cosas está el modo de tratarlas. El autor despliega la diversidad de nombres populares que recibe ese órgano llamado vagina. Nos percatamos que no es lo mismo "papaya dulce" que "tajo" o "boca sin dientes". También encontramos un breve despliegue del mayor interés sobre el lugar histórico-discursivo del clítoris. Hay allí el esbozo de un estudio cultural por venir.

En otro orden, desde el psicoanálisis, considero que más que un libro sobre los órganos genitales femeninos, como dice el autor, se trata de la pregunta

por el goce femenino. ¿Cómo goza la mujer? ¿Qué es el goce femenino? La pregunta subyace sin ser explicitada. El autor desliza de manera sutil la pregunta por los efectos liberadores, o no, de la famosa revolución sexual. También encontramos en estas páginas historias desopilantes y muy bien documentadas sobre el movimiento feminista de los sesenta.

Nuestra cultura está lejos de una liberación sexual; estamos atados a la nueva moral de la erección y del orgasmo: las mujeres deben tener orgasmos; si son múltiples tanto mejor. A la vez el hombre debe dar cuenta de su virilidad en la erección. El imperativo moral de la erección y del orgasmo traen a su vez una producción de discursos, información, mercancías, un sinfín de objetos y saberes destinados al imperio del orgasmo "ideal": búsqueda del punto G, viagra, sexo virtual, objetos sexuales, saber sexológico, etcétera. Todo lo cual apunta al orgasmo y la eyaculación como un "deber ser". ¿Qué habremos hecho de nuestra gloriosa liberación sexual? Por su parte, la aparición del VIH ha influenciado en la nueva moral sexual: el sexo es higiénico, virtual, solitario y masturbatorio.

En la búsqueda de los nuevos modos de estar juntos, y en el marco de la necesidad de inventar nuevos placeres y nuevas formas sociales, Michel Foucault avanzaba ideas sobre un sexo des-sexualizado, fuera de la fijación al orgasmo.

Por su parte, el libro que hoy presentamos cae por momentos en la trampa de una prolongada detención en la búsqueda de respuestas por parte de la fisiología y de la tecnología del orgasmo. Aun cuando por momentos se acerca a la lógica de Freud y de Sade al admitir por ejemplo que el sexo es mental, termina conduciendo la cosa a una cuestión técnica, anatómica y fisiológica.

Considero que el sexo es un lugar de excepción, de absoluta singularidad, de tal modo que en su abordaje queda excluida la generalización (en técnicas sexuales, estadísticas, etcétera). Cada uno tiene una relación con el sexo; entonces, el sexo no constituye un referente medible, clasificable o conducido a una técnica. Por el contrario, el sexo es inconmesurable. El autor de *El origen del mundo* lo esboza, pero no hace caso suficiente del costado excepcional del sexo, y es por esta misma vía por donde falla algo su lectura de Freud

La presentación de un libro no es para des-servirlo, pero como bien dice el dicho: "el que mucho abarca... poco aprieta". Es el caso de *El origen del mundo*, en lo que refiere a la lectura de Freud y del psicoanálisis. Por momentos el autor pesca un Freud sutil y se aproxima a su pensamiento sin prejuicios: por ejemplo, cuando desde las primeras páginas sitúa el hecho de que Freud cae en la trampa al situar a la mujer en el lugar del continente negro, límite de su obra y roca viva, dirá él, del psicoanálisis. El autor tiene razón: hay un

agujero en el sexo, un punto imposible que Freud sitúa en la mujer (como lo hace también la mitología, el arte, la literatura de todos los tiempos).

Siempre respecto a Freud, Jelto Drent también lee con singular agudeza el problema con que se encuentra Freud respecto de lo que llama el placer sexual: para Freud, el placer es una disminución de la tensión, y justo será en el placer sexual donde encuentra la contradicción de su tesis: es la única ocasión en la cual el aumento de tensión es placentero, en el momento preliminar al orgasmo.

Sin embargo, las páginas que comentamos caen luego en una lectura anatómica del complejo de Edipo freudiano. Por ejemplo, si bien Freud se ocupa de distinguir el falo del pene, en el libro que nos ocupa, toda la problemática del falo será conducida a la anatomía pene-vagina, entonces se nos presenta un Freud de divulgación. Es el punto en que el libro se aleja del psicoanálisis. Si bien jala muchas hebras e intuye recorridos y articulaciones posibles, no saca consecuencias.

Destaca el capítulo sobre la virginidad como una verdadera labor en filigrana de los tabúes de la virginidad en distintas culturas y épocas.

Una cualidad que en estos tiempos merece ser mencionada: el autor no occidentaliza. Existe una tendencia a discurrir desde los valores y la realidad discursiva de nuestra sacrosanta cultura occidental. El autor de *El origen del mundo* procura abrir el espectro cultural sobre la mujer tomando distancia de la cultura occidental.

Hay allí una humildad en el estilo del autor. Y diría una doble humildad: la primera, alejarse de "lo sabido", tomar distancia respecto de la cultura a la que pertenece para abordar otras visiones culturales, despojado de los prejuicios occidentales. Segunda humildad, que constituye una segunda toma de distancia respecto de él mismo: abandona el hombre que es, para abordar a la mujer. Foucaultiano tal vez sin saberlo, el autor procede a un olvido de sí, hay un esfuerzo por despojarse de su visión masculina; desde esa distancia de él con él mismo logra darle a su escritura un tono y un estilo a la vez ingenuo e imparcial.

Terminaré con una pregunta que tiene cabida cada vez que nos metemos en temas escabrosos: el hombre quiere saber sobre la mujer, y en esa búsqueda de querer saber, el cazador es cazado por la presa.

¿Es el caso de Jelto? En su pretensión por abordar el enigma femenino, ¿lo toma acaso el enigma por sorpresa? ¿Se aplica en su libro la estructura del cazador cazado?, ¿la del pescador pescado? Dejo la respuesta a los lectores.